

de los niños, aprovechándose de su exquisita sensibilidad, recurriendo al sistema de los estímulos y de las distinciones; pero con mucho cuidado, porque el medio es delicadísimo, puede engendrar la envidia en los compañeros del niño distinguido y estimulado, y en éste puede también despertar la soberbia y el orgullo.

Un ejemplo claro de los excelentes resultados obtenidos por una buena disciplina, lo encontramos en el veneciano Víctor Rambaldoni. Pobre y humilde, tuvo que hacer grandes esfuerzos y sacrificios para conseguir su educación y llegó hasta humillarse sirviendo de criado en la casa de uno de los más grandes matemáticos de su época.

Grandes fueron las penas que sufrió y los obstáculos que á cada paso se presentaban en su camino, y que tuvo que allanar heroicamente; pero en medio de todo esto, lo alentaba la noble esperanza que tenía de prestar sus servicios en favor de la instrucción de su país, dedicándose exclusivamente á la clase pobre. Sus deseos se vieron realizados. Llegó á obtener el grado de doctor y se dedicó en Padua á la enseñanza; pero desgraciadamente no consiguió que sus discípulos se sujetaran á la disciplina que él había establecido, y convencido perfectamente que con el desorden y la insubordinación no obtendría ningún resultado satisfactorio, prefirió hacer renuncia de su empleo; pero no desistió, siguió adelante en su deseo de fundar una escuela modelo que tuviese la disciplina como única base y fundamento de la educación. En efecto, así lo hizo, estableció una escuela, á la que concurrieron multitud de niños, y alcanzó un éxito tan completo, que sabiéndolo el Marqués de Mantua, Juan Francisco Gonzaga, pensó desde luego poner á sus dos hijos bajo la dirección de tan hábil maestro.

Estos dos niños eran el tipo frecuente del hijo de las clases acomodadas; indolentes, perezosos, entregados únicamente al lujo y á las diversiones, orgullosos y altivos á tal grado, que su padre, única autoridad por ellos reconocida, desesperaba ya de que se corrigieran.

Pues bien, Victorino consiguió con sus medios disciplinarios, no los castigos ni las crueldades, sino el estímulo y el buen ejemplo, cambiar radicalmente los sentimientos, las costumbres y los vicios de aquellos niños. Consiguió aún más, dominó su viciada naturaleza, corrigiendo sus defectos físicos y obteniendo un desarrollo completo de sus facultades físicas, intelectuales y morales.

Los alcances de la disciplina no se limitan á mantener el orden exterior, sino que lleva su influencia hasta el desarrollo de las facultades intelectuales y forma el carácter; Víctor Rambaldoni logró obtener esto.

Por otra parte, el maestro de escuela, no trabaja para el presente, trabaja para el porvenir. El ejemplo de la escuela tiene en la vida del ciudadano, en la educación pública, más influencia de la que generalmente se cree. Los actos de la escuela se reflejan más tarde en la vida social. De ahí la necesidad de una buena disciplina escolar, de ahí la obligación en que se halla el maestro de dar á su discípulos con el ejemplo de sus buenas costumbres los medios de alcanzar un tesoro que después los hará acreedores al respeto y estimación de los demás.

La disciplina no sólo es el orden, el silencio y la sumisión, éstas son sus manifestaciones; pero su esencia es más grande y más elevada, ella es la que con mano tierna pone en el corazón del niño la semilla de la más sana moral y que después de algún tiempo dará hermo-

sos frutos. En la Sociedad es donde se hace sentir de una manera notable la influencia de la disciplina, porque ahí se ve al hombre emprender su lucha por la vida y ahí se le verá también adquirir ó alejarse el afecto de sus semejantes.

¡Si todos los hombres tuviesen moral! Cuántos crímenes se evitarían, cuántos delincuentes menos habría, y cómo se vería prosperar la nación en donde esto sucediese. Y esto se puede hacer fácilmente, porque todo se consigue atendiendo á la disciplina. Hagamos esto y veremos cómo la moral planta su hermoso estandarte sembrando felicidad.

La disciplina, como todas las cosas, tiene sus principios fijos, en los cuales se apoya, y tiene también sus bases y sus fundamentos; para obtenerla hemos de basarnos en el orden, condición esencial de todo bien y de toda belleza física y moral.

Así como la educación, podemos considerar la disciplina desde el punto de vista físico, intelectual y moral.

La disciplina física aplicada aun en los simples movimientos del cuerpo, los hace más regulares y más fáciles.

Observemos si no, la marcha del soldado, qué rápidas y perfectas sus evoluciones; las hábiles operaciones del obrero, todo adquiere una ejecución excelente. Las fuerzas del cuerpo se desarrollan y sus órganos adquieren más flexibilidad y precisión. Por medio de un ejercicio bien arreglado, la salud misma se conserva ó se restablece.

En la vida intelectual la disciplina no es menos importante que en la vida física; el orden entonces se llama método, y es un guía poderoso de todos los esfuerzos

del entendimiento. Los pensamientos más hermosos, los más sublimes, son infructuosos casi siempre si no están coordinados; en cambio, las ideas más triviales adquieren algún mérito y aun llegan á producir efecto cuando están convenientemente dispuestas y encadenadas.

En un mundo más elevado, en la vida moral, la disciplina es la perfección, es el bien; éste entonces tiene una belleza que arrastra por sí sola á las almas generosas y llega á ser una necesidad de toda la vida para los que han sabido apreciar sus encantos.

La disciplina del hombre en el taller, en la ciencia, en el arte y en todos los trabajos y manifestaciones humanas, nos presenta el cuadro admirable de una vida que tiene por guía la virtud y por móvil el deber.

La humanidad, en sus revueltas convulsiones, se agita y avanza. ¿Pero debido á qué? Ese todo que lucha cuenta con millares de seres que, á su vez, combaten y procuran su felicidad; pero si no se disciplina, nada alcanzará.

Un cuadro hermoso se nos presenta á la vista, un cuadro iluminado por la suave luz de una lámpara. La madre sentada en un sillón, teje, y su tranquila mirada se posa en dos pequeños niños, uno varón y la otra mujercita. Ellos están empeñados en resolver un problema que sus maestros les han dejado, y los dos piensan lo mejor que pueden para conocer la solución; pero ¡ah! mientras que la niña investiga pacíficamente y procura tener tranquilidad, el niño se impacienta y quiere romper aquel papel que tanto quehacer le ha dado. Entonces la madre interviene y con su dulce voz reprende al niño y le aconseja tenga paciencia, pues de lo contrario tendrá mucho que sufrir en la vida.

Ese niño obstinado y rebelde, que no quiso sujetarse á la disciplina, lo veremos más tarde.

La noche es lluviosa, los relámpagos, cual espadas de fuego, rasgan el cielo é iluminan con su lívida claridad un camino tortuoso. En medio de aquella hecatombe de la Naturaleza, un hombre envuelto en un raído capote, camina rápidamente; en su mirada, en su paso y en todo lo que le rodea, se conoce que va guiado por un poder maldito, porque cuando se va á cometer una buena acción, no se oculta uno y la hace á la luz del mundo; por el contrario, cuando en la conciencia se lleva el peso de algún crimen, todo parece que conspira contra nosotros, y en cada esquina, entre las ramas de los árboles, se ven ojos que nos miran y acechan. Aquel hombre, digo, caminaba rápidamente, y después de esperar unos minutos en la esquina de una calle estrecha y oscura, su faz se ilumina con brillo siniestro: ha oído pasos que se acercan más y más; pasa un segundo y se ve brillar la hoja de un acerado puñal, que es clavado en el pecho de un desconocido, que muere exhalando un agudo grito.

A su voz, acude un guardián y captura al hombre que hemos visto momentos antes caminar entre la lluvia y los relámpagos, porque no ha tratado de huir, sujetándose á su fatal destino.

Estos cuadros que he narrado, vienen á la mente de un hombre condenado á muerte, un hombre que de niño fué feliz; pero que, arrastrado por la impetuosidad de su carácter en la senda del vicio, se ha introducido y quedado para siempre ahí, es aquel ser que hemos visto desechar los consejos y la disciplina del hogar.

Y mañana... ¡desgraciado! su memoria se extinguirá, porque después de muerto no habrá quien vaya lloroso y triste á depositar flores sobre esa tumba y quedará cubierta por la hierba.

Fatales consecuencias experimentadas por aquel ser sordo á la disciplina del hogar.

Pero no basta establecer la disciplina individual, las instituciones, las agrupaciones humanas la necesitan también.

En la Patria, en ese lugar donde nuestra niñez se ha deslizado cual ensueño de luz, en donde vivimos tranquilos gracias á la paz, se requiere que exista un grupo de ciudadanos que la defiendan, que la protejan y en fin, que la salve en los momentos en que la planta enemiga se pose en su territorio, y ese grupo de hombres, ese cuerpo ofensivo y defensivo, es el ejército, el ejército que, constituido por miles de hombres, forma una sola voluntad, un solo corazón que con su cubierta de acero pelea y lucha con tenacidad y con arrojo.

Su fuerza no la constituyen sus magníficas armas de fuego; no la constituye tampoco su crecidísimo número de soldados, no; su fuerza está constituida por su disciplina, por su gran disciplina que hace de los soldados seres acostumbrados á vencer tanto las inclemencias del tiempo, como la ferocidad de sus enemigos.

Y esto no sólo se observa en los ejércitos modernos, sino que desde los tiempos más remotos se le ha dado grandísima importancia, y ya el gran capitán del siglo XIX, Napoleón I, se ufanaba de la disciplina de su ejército, y un día, estando en la azotea de su mansión, rodeado de su guardia, quiso dar á conocer á un amigo suyo la grandísima obediencia de sus soldados. Al efecto, nombró á uno diciéndole: "Flanco derecho," "marche;" y aquel soldado comenzó á ejecutar la orden dada, y como no oyese otra voz, llegó al extremo de la azotea y dió un último paso que lo lanzó hacia el abismo, donde quedó muerto en aras de la disciplina.

Con un ejército que como el de Napoleón contaba seres tan disciplinados, nada extraño nos parecerá que hubiese dominado tantos países.

He narrado en breves y desaliñados conceptos la inmensa influencia que la disciplina ejerce en la vida del hombre, y ahora réstame tan sólo extender mi mirada y ver con felicidad que en la época en que vivimos ya se le da la debida importancia, tanto en el hogar, como en el ejército y en la escuela.

Por eso nosotras, las futuras educadoras, las que impartiremos saber á pequeños seres, hombres más tarde, no olvidaremos que sólo la disciplina deberá dar grandes hombres, honrados ciudadanos, que harán la felicidad y el progreso de este lugar, rodeado de hermosas montañas y poéticos lagos, de este lugar, en fin, Patria nuestra, y que se llama México.

México, 18 de Julio de 1903.

CONCEPCIÓN VELAZQUEZ.

Á LA MEMORIA DE JUÁREZ.

Entre los que tenemos la dicha de haber nacido bajo los ardientes rayos del sol de México, bajo su purísimo cielo, existe un sentimiento, un dulce afecto acrisolado en nuestros corazones: la gratitud hacia aquel hombre de voluntad inflexible que, salvando nuestra independencia, nos convirtió en un pueblo libre y soberano.

¡Juárez! al pronunciar este nombre le unimos las palabras ¡Independencia! ¡Reforma! ¡Progreso!

Mas mi canto no es sólo la alabanza al gran patriota, al ilustre propagador de las ideas modernas, es el humilde canto del hijo agradecido, es el homenaje de amor filial que en nombre de las alumnas de esta Escuela le tributo, para cumplir no sólo con un deber patrio, sino con una deuda de gratitud, porque es nuestro padre, el fundador de este plantel.

Tiemblo, porque reconozco mi impotencia para cantar las glorias de ese hombre; mas abrigo la esperanza de que perdonaréis mis faltas por la grandiosidad de los hechos que relato, y que os causará placer recordar el nombre de Juárez, rodeado de una aureola de gloria é inmortalidad.